

Dios; cuando se veía más maltratada y afligida, oraba con fervor, y decía desde lo íntimo de su alma:

—Señor, hágase en todo y por todo tu santa voluntad, pero ten piedad de tu sierva que, como flaca desfallece.

IX.

De esta angustiosa manera pasaron ocho meses.

La vida de la Reina de Italia estaba amenazada de una consuncion que se habia desarrollado, y su debilidad era tanta que pasaba días enteros sin levantarse de la helada piedra que le servia de lecho.

Una noche, en que la fiebre la tenia adormecida, oyó á su cabecera un ligero rumor como el que produce una lima en un cuerpo sólido; pero, acostumbrada á las visiones de la calentura, creyó que aquel ruido sólo existia en su imaginacion.

No obstante, se hacia tan distinto, que hubo de conceder que era algo más que una ilusion.

—¡Gosvinta! dijo la Reina con voz débil.

Sólo le respondió un profundo silencio; hacia ya muchos días que habian separado de ella á su fiel compañera.

—¡Me he engañado! murmuró tristemente Adelaida. ¡No es ella!

Volvió á recostarse, pero el ruido se oia cada vez

más claro y más cerca de su cabeza; aquel rumor duró toda la noche.

Apénas el primer rayo de la aurora penetró por la abertura que á modo de aspillera daba luz al calabozo, la Reina oyó llamar suavemente á la puerta que comunicaba con la que ántes ocupaba Gosvinta, y, casi en seguida, la voz de la fiel sirvienta que decia:

—¡Señora!

—¿Eres tú? preguntó Adelaida.

—Yo soy, señora, vuestra fiel Gosvinta.

—¿Dónde has estado que te he llamado tantas veces y no me has respondido?

—Hace más de dos meses que me echaron del castillo. Sin saber donde ir, sin tener qué comer, anduve pidiendo limosna y contando en todas partes vuestro infortunio, para ver si hallaba algunas almas caritativas que os socorriesen. Por fin, llegué, hará diez ó doce dias á una cabaña á orillas del lago, y allí me dieron albergue por la noche. El dueño, que es un pobre hombre, me dijo:

—Decidme, ¿es cierto que la Reina Adelaida se halla prisionera en el castillo de la Garda?

—Sí señor, respondí yo. Nada hay más cierto.

—Y, ¿podriais indicarme hácia dónde cae su calabozo?

—Con la mayor seguridad.

—Pues bien, buena mujer, quiero deciros que ha

venido de Roma una persona expresamente para salvar á la Reina; que ya hay muchos montañeses empeñados en ayudarle, y que sólo deseamos saber hácia qué punto debe empezarse á abrir una mina que lleve á su calabozo.

—Esta noche os diré hácia qué ala del castillo cae; dije trasportada de alegría.

En efecto, señora; salimos al campo y les indiqué hácia donde cae vuestra prision; han empezado á abrir una mina en la roca viva y ya deben estarla terminando. ¿No habeis oido ningun rumor, ningun indicio de que se acerquen?

—Sí, respondió la Reina; esta noche he oido ruido cerca de mi cabeza.

—¡Loado sea Dios! ¡Eso es que ya se acercan, señora! ¡Valor y esperanza!... Ahora me marcho, pues he venido aquí sin que me vean. Adios, señora.

La Reina oyó los pasos de Gosvinta que se alejaba.

Un rayo de esperanza renació en su corazon para reanimarlo; le parecia que su calabozo ya no era tan sombrío, y se puso de rodillas para dar gracias al cielo por aquel socorro milagroso que le enviaba.

Así que por el tiempo pasado le pareció que las sombras de la noche se habian extendido por la tierra, volvió á oir el ruido sordo, pero tan cerca de su cabeza que no dudó de la proximidad de sus salvadores.

Incorporóse, se puso trabajosamente de rodillas y elevó al cielo una oracion por el feliz término de aquella empresa.

El ruido avanzaba cada vez más.

Por fin llegó casi al oído de la Reina; sonó así durante algunos minutos y al cabo de éstos la pared se abrió, dejando ver un pequeño boquete.

Por él asomó la cabeza de un hombre; pero una cabeza noble y que respiraba piedad y respeto.

Detrás de ésta apareció otra bien conocida; era la de Gosvinta.

—Valor, señora, dijo la antigua criada; ya estais en salvo.

Tres ó cuatro hombres trabajaban activamente en ensanchar la abertura, y así que fué bastante grande para que pasara la Reina, dijo el primero que habia aparecido:

—¡Salid, señora! ¡Huyamos!

La Reina dió dos pasos hácia la abertura de la pared.

Pero sus débiles piernas, entumidas por el frio de la prision y por la suma languidez que hacia tan largo tiempo la aniquilaba, no pudieron sostenerla y tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse en el suelo.

—¡Valor! repitió Martin; en nombre de Dios, de quien soy Ministro, no temais nada, señora; venid, venid al instante

—Señor, repuso Adelaida, vos equivocais la causa de mi tardanza y de mi vacilacion... No temo... Por el contrario, confio en vos como en mi mejor amigo... pero las fuerzas me faltan materialmente y creo que no podré andar.

—¡No importa, señora, os llevaremos! respondió Martin.

—Lo que importa es que salgais, añadió Gosvinta, para lo demás ya hallaremos medio.

Adelaida hizo un esfuerzo supremo y llegó al boquete.

Procuró salir y lo logró, porque sus salvadores la ayudaron.

—¡Sosténme, Gosvinta! dijo la Reina, no puedo tenerme en pié.

La fiel criada la sostuvo por un brazo, y por otro Martin, y de esta suerte atravesaron la mina, que era muy larga, alumbrando los trabajadores con algunas teas.

Dos ó tres veces el terror paralizó el movimiento de la sangre en las venas de los conductores de Adelaida, y ésta misma sintió que un terror convulso agitaba sus miembros.

Se oian gritos y pasos en las largas galerias del castillo y todos creian que habian descubierto á los fugitivos.

Pero sin duda aquel rumor tenia otra causa, porque nadie asomó por la mina y Adelaida y sus salva-

dores se hallaron al poco rato bajo la bóveda azulada del cielo.

La mina era muy larga; había costado seis meses abrirla.

Cuando la Reina se vió al aire libre, lo primero que hizo fué hincarse de rodillas y dar gracias á Dios con una oracion fervorosa por el inapreciable bien de la libertad, que al fin la concedia.

Pero no la dejaron largo tiempo en aquella postura; hiciéronla ver la urgencia de emprender el camino con toda la precipitacion posible, y acercando los caballos que tenian preparados, tomaron el de Alemania á todo escape, segun las órdenes del generoso jefe de la Iglesia Agapito II.

X.

Ya era cerca del amanecer cuando llegaron á los oídos de los fugitivos, ruidos extraños; hubo un momento en que creyeron que avanzaba un ejército formidable; tal y tan grande era el ruido, que se asemejaba al de las pisadas de infinitos caballos.

Cuando se fué acercando, ya no quedó duda alguna de que el ruido procedia en efecto de aquella causa.

Un grueso ejército se acercaba.

La Reina y sus partidarios se detuvieron llenos de espanto.

¿Eran amigos de Berenguer?

¿Eran enemigos?

No sabian qué pensar ni qué hacer.

—Valor, señora, dijo el eclesiástico Martin; sean quienes quieran, nos darán socorro al saber quién sois y al veros desvalida.

—¡Alto! gritó en este instante la poderosa voz de uno de los jefes.

Los fugitivos quedaron inmóviles, y algunos ji-

netes se destacaron de la gran masa del ejército y adelantaron hácia la pequeña tropa.

—¿Quién sois? preguntó el que parecía mandar la avanzada, procurando reconocer á los que interrogaba á la indecisa claridad del alba.

—Somos, dijo el eclesiástico Martin, fieles vasallos de Su Santidad el Papa Agapito II.

—¿Y á dónde vais?

—Hácia Alemania.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—La una es una poderosa princesa; la otra una de sus servidoras.

Adelaida hizo adelantar su caballo y llegó cerca del que interrogaba.

—Caballero, dijo, soy la Reina Adelaida, prisionera hasta hoy en el castillo de Garda y que ha podido evadirse gracias á la proteccion del cielo; si es su voluntad que me volvais allá, estoy pronta á seguirlos.

—¡La reina Adelaida! exclamó el que interrogaba.

Y volviendo grupas fué á reunirse al grueso del ejército que se habia detenido; habló algunos instantes con un caballero de elevada estatura que venia al frente; y éste, despues de oirle, puso su caballo al galope y fué hácia la Reina que aguardaba la decision de su suerte con aquella cristiana fortaleza, tan admirable en ella y que era la más perfecta de sus dotes.

Aquel caballero traia puesto su manto blanco y rojo, y sobre su casco forrado se mecía una pluma blanca.

Llegó á donde se hallaba la Reina y, descubriendo su cabeza con respeto, dijo con acento dulce y mesurado:

—Señora, yo soy Oton I, emperador de Alemania que venia al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, reunidos por mí para libertaros del poder del feroz usurpador Berenguer; supe por el Papa Agapito vuestra triste suerte, y me presté gustoso á socorberos; pero veo que otros han sido más dichosos que yo.

—¡Ah, señor! exclamó la Reina llena de júbilo; ¡será posible que viniérais á mi socorro! ¡Será cierto que me tomáis bajo vuestro amparo!

—Nadie os ofenderá ya, y vuestros libertadores serán recompensados por mí como merecen, dijo el Emperador; ahora en marcha, si no os hallais muy fatigada, señora, quiero dejaros libre en el castillo de Canossa, con guardia bastante para que, unida una gruesa defensa á su posicion, sea inexpugnable; tened un poco más de ánimo, que muy presto hallarán fin vuestras fatigas.

Adelaida, escoltada por el mismo Emperador, se volvió á poner en marcha; sus fieles amigos, los libertadores del castillo, la rodearon tambien, y, seguida del ejército, se puso en camino hácia la forta-

leza de Canossa que era, en efecto, tenuta por inexpugnable en aquella época.

Así que la luz del día avanzó lo bastante, Oton, que era joven y galán, trató de distinguir las facciones de la Reina, cuya belleza había oído elogiar muchas veces; y fué tal la impresión que la vista de aquel encantador semblante produjo en él, que estuvo á punto de dejar escapar un grito de sorpresa.

Adelaida vestía el mismo traje blanco y azul que llevaba en su prisión; pero, por un admirable privilegio de su esquisita naturaleza, había conseguido conservarles casi tan blanco y limpio como si hubiera vivido entre los más ricos tapices.

Gosvinta la había llevado un velo blanco que pudo procurarse, con el que cubrió la cabeza y el rostro de su señora.

A través del delicado y blanco tejido, pudo ver el Emperador la tez de nieve de la Reina; sus rubios cabellos y sus ojos negros; pero lo que más le conmovió fué la expresión de sufrimiento extendido por el rostro de la Reina como las nubes del otoño en la brillante atmósfera.

Adelaida se asemejaba á una flor abatida por el huracán; su mirada estaba triste; su extrema flacura hacía parecer mayores sus grandes y hermosos ojos; su tez carecía completamente de color y de animación.

Abismada en tristes pensamientos, pues pensaba

en su hija, á la que ninguna esperanza abrigaba de volver á ver, caminaba con los ojos fijos en tierra y de vez en cuando elevaba al cielo una mirada expresiva y triste, como si le pidiese su protección para la Princesa.

Ya avanzado el día, llegaron al castillo de Canossa donde dominaba Oton, que iba conquistando parte de la Italia y que muy en breve debía dictar sus leyes en el reino entero.

El Emperador instaló á Adelaida en la fortaleza y le dijo:

—Reinad aquí como soberana, señora; vuestra servidora y ese generoso Ministro del altar, lo mismo que todos los honrados pecheros que os han ayudado á evadiros, no se separarán de vos; además, dejaré bastantes valientes para que os acompañen y defiendan; ahora decidme, señora, si es que deseáis alguna cosa; sólo aspiro á complaceros en cuanto sea de vuestro agrado.

—Yo sólo ambiciono una cosa, dijo la Reina, y me atrevo á solicitarla de vuestra benignidad, magnánimo Emperador; tengo una hija en Borgoña; ¿habrá bastante seguridad para ella á mi lado? Cuenta sólo tres años y os confieso que no podré vivir dichosa lejos de ella.

—Voy á enviar ahora mismo á buscarla, señora.

—¡Ah! exclamó Adelaida vertiendo lágrimas de alegría y de reconocimiento; ¡permitidme que os be-

se las manos, señor! Sois el más generoso de los hombres, y yo os soy deudora de toda mi dicha.

—Yo seré más dichoso que vos al veros feliz, repuso Oton; ahora dadme una prenda por la que puedan darse á conocer, como enviados vuestros, mis emisarios.

—Hela aquí, dijo Adelaida presentando al Emperador una sortija de oro que llevaba en su mano izquierda; esta sortija es un dón de Lotario, mi noble, mi inolvidable esposo; que ella sirva para traerme á mi hija.

El Emperador tomó la joya, saludó á la Reina y salió de la cámara.

Poco despues, Adelaida, asomada á una de las ventanas de la torre del mediodia del castillo, veia partir el brillante y belicoso ejército del Emperador de Alemania que iba á proseguir sus brillantes conquistas en toda la Lombardia, tan maltratado por el feroz Margrave de Ivrea, que se habia hecho coronar con el nombre de Berenguer III.

Adelaida quedó tranquila, custodiada, segura y todo lo dichosa que podia ser en el mundo, pues esperaba á su hija la tierna princesa Eruma, que era lo que más amaba en la tierra.

Gosvinta se quedó con ella y empezó de nuevo la época de paz y de sosiego que sólo habia disfrutado al lado de su esposo el benigno y generoso Lotario.

Sin embargo, la Reina se hallaba completamente

privada de la libertad; no se atrevia á salir; y el buen eclesiástico Martin era el que le decia misa todas las mañanas en la capilla del castillo.

No bien se supo el sitio á donde se habia refugiado la augusta fugitiva, Berenguer, ardiendo en ira, envió á su hijo Adalberto al frente de algunas tropas para ver si podia volver á apoderarse de la Reina, pero éstas tuvieron que retirarse con grandes pérdidas por la vigorosa resistencia que opuso la guarnicion del castillo de Canossa, que velaba sin descanso.